

DISCURSO INAUGURAL
DE LA
CÁTEDRA DE LITERATURA ARGENTINA (1)

Señor decano,
Señoras,
Señores :

No sé hasta qué punto puede darse por investigada y escrita nuestra historia política y militar, ni si la respetabilidad de los nombres de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, citando sólo sus artífices mayores, basta para que demos por realizada aquella tarea, al menos en cuanto se refiere á las épocas de la colonia y la independencia.

No se falta al respeto que especialmente en esta casa se debe á nuestros dos ilustres historiadores, afirmando que nuevas investigaciones, con metodología más racional, más científica, y por eso más verdadera y humana, pueden hacernos dudar de la exactitud de sus conclusiones en los hechos ó de la verdad de la pincelada fisonómica en sus héroes. Esto no los menoscabará, sin embargo, porque Clio, su inspiradora, es la musa de la justicia distributiva, y sabe bien que ni Curtius, el ad-

(1) En el salón de grados de la Facultad de filosofía y letras, el día 7 de junio de 1913, con asistencia del señor decano, doctor Rodolfo Rivarola, señor presidente de la Academia de filosofía y letras, doctor Rafael Obligado, señores académicos, consejeros, profesores, alumnos y numeroso público, tuvo lugar la inauguración de la cátedra de Literatura argentina.

Hablaron en este acto, el señor presidente de la Academia, doctor Rafael Obligado, en nombre del señor decano y el profesor de la nueva asignatura, señor Ricardo Rojas, cuyos discursos publicamos á continuación.

Discurso inaugural de Ricardo Rojas (1913)

mirable vidente de los orígenes y los hechos griegos, ni Mommsen, el concienzudo investigador del Lacio y reconstructor de su historia, pueden escapar á la ley fatal de ir quedando rezagados, porque no se progresa sin dejar atrás aún á los mejores.

Puede, pues, dudarse de que nuestra historia en las épocas indicadas esté definitivamente escrita, pero sería incierto negar que ha sido trazada en sus grandes líneas dentro del lienzo continental y que sus primeros actores han irradiado sin coloración falsa la luz que les fué propia. Sin vacilación alguna podemos afirmar que Moreno, Belgrano, San Martín y Rivadavia, esto es, el pensamiento, el corazón, la espada y la clarovidencia de Mayo, imponen su ya invariable y magnífica verdad desde las páginas de Mitre y López.

He invocado esta innegable conquista de nuestra ciencia histórica, precisamente para hacer resaltar un doloroso contraste. Mientras los hombres de acción externa ocupan con relieve el primer término, asaltan cumbres y baten enseñas, los otros, los de la labor oculta, los pulidores del diamante humano, los que encienden la chispa nacional, no aparecen en escenario alguno. La historia, achatada bajo su birrete académico y tradicional, no escucha más que clarinadas de victoria ó triunfos de políticos audaces; ni una página para el vaquero y el labrador, que son como la raíz de la nación; ni una página para el primer industrial, que fué entre nosotros el fabricante de escobas y velas de sebo, es decir, de la limpieza y la luz; ni una página para el que curtió la primera carona, creó la blandicia del primer recado y refractó en la plata del tirador, del estribo ó del regatón de la lanza, las luces del alma gaucha.

En la estrechez del horizonte histórico de entonces, no cabía más que el relampagueo de las tormentas políticas ó el sablazo hecho rayo. El pensamiento era un infeliz que deslizaba por ahí su vida oscura. Por suerte, hemos ampliado nuestra visión, y las modernas investigaciones van del conjunto al detalle, y se interesan lo mismo por toda humana labor.

De la acción de los próceres de Mayo, de sus primeras asambleas, de sus grandes capitanes y victorias, todo lo sabemos; podríamos escalonar con justicia, de arriba abajo, los méritos de cada uno; pero... ¿y los otros? ¿los que les acompañaban

y acaso les dirigian desde el gabinete ó el periódico y el libro en la primer mitad del siglo pasado? De ellos conocemos muchos nombres, podríamos citar algunas obras, pero si alguien nos pidiera que fijáramos su colocación respectiva entre sus contemporáneos, seguramente la honradez nos sellaría los labios. Tribuna, púlpito, periodismo, cátedra, poesía, novela, teatro, elocuencia popular, tuvieron su verbo encendido, apagado ya por la acción del tiempo y la indiferencia harto dolorosa de los países de aluvión.

Á reparar esa injusticia, á dispersar esa tiniebla, viene la luz de la cátedra de literatura argentina que el Consejo de esta Facultad abre hoy en su casa, incluyéndola en su nuevo plan de estudios.

Es antorcha difícil de encender y conducir, precisamente porque intenta iluminar lo más íntimo de la vida de la nación: sus pensares y sentires; es cátedra no sólo de investigación bibliográfica y documentaria, sino también de emoción artística, de sensibilidad exquisita, para recoger notas dispersas y acordarlas en la sonoridad de nuestro primer siglo.

Por todo ello, el Consejo de la Facultad de filosofía y letras, no ha podido confiar tal tribuna sin exigir condiciones especiales á quien debiera ocuparla. Ha designado á don Ricardo Rojas, al autor de la *Restauración nacionalista*, precisamente porque se trata de restaurar el alma argentina en su amplia vibración; al evocador del *Blasón de plata*, que así descendió á las tumbas del Inca, conmovidas por el himno patrio, como vió resurgir la vida trasvasada del conquistador á « las carnes terreneas de las madres indias »; y también al poeta de los *Lises del Blasón*, porque el dominio de la rima y el ritmo prueba la microfonía del oído para todas las audiciones, inclusive la delicadísima del latir de los pueblos.

Señor Rojas :

En representación del decano de la Facultad, quien gentilmente me ha encargado presidir este acto, invocando mi puesto en la Academia de filosofía y letras, tengo el agrado y la honra de invitarle á ocupar su cátedra.

LA LITERATURA ARGENTINA (1)

Orígenes. — Evolución. — Periodos. — Influencia. — Caracteres

I

El estudio de la literatura argentina, omitida hasta hoy en el programa de nuestras universidades, es una asignatura cuya fundación se hacía indispensable para completar el conocimiento de nuestra formación nacional. Las cátedras de antropología americana, de filología indígena, de cartografía histórica, de fauna y flora regionales, funcionaban en institutos diversos, dando á nuestros universitarios la conciencia del país, por los elementos primordiales de su tierra y de su hombre. Era sin duda anomalía sorprendente, que nuestras aulas de estudios superiores no enseñaran, al par de las antedichas disciplinas, la evolución de nuestras fuerzas espirituales y de las formas literarias que las habían fijado. Apenas si los maestros de ciencias sociales mostraban, desde años atrás, la formación de nuestras instituciones políticas, complementada, en más recientes años, por las cátedras de ciencia y legislación escolares. Pero nuestros sistemas de educación, en su doble fase didáctica y jurídica, y nuestros sistemas de gobierno, á través de las luchas sangrientas que lo organizaron, no bastarían, por sí solos, para revelar la vida íntima del alma argentina, sin las secretas corrientes de ideas, de pasiones y de emociones que á aquella alma

(1) Conferencia leída en la Facultad de filosofía y letras el día 7 de Junio del corriente, al inaugurar la cátedra de Literatura argentina.

animaron. Forma visible y perdurable de esas secretas corrientes que elaboran la conciencia y la cultura de un pueblo, son los monumentos de su literatura; y puesto que nosotros los poseemos, era una anomalía no estudiarlos en la universidad, donde se forman las clases dirigentes de la nación. Tal omisión se explica, no por un error activo de quienes antes han gobernado nuestra educación, sino por lo reciente de nuestro pasado bárbaro, por lo novísimo de nuestras instituciones docentes, por lo premioso de nuestra labor en otros campos de la vida social, que apenas si en el último lustro nos ha permitido hacer balance reposado de toda nuestra historia, y ver que aun en medio de las luchas cruentas de la montonera y la dispersión aciaga de la tiranía, habíamos estado elaborando los documentos literarios de nuestra cultura y la conciencia de nuestro porvenir. Así se comprendē en la prosa el *Facundo* y *Las Bases*, y en la poesía el *Martín Fierro* y la *Atlántida*. Estudiar esos documentos, en confrontación con el medio donde aparecieron y con el ideal estético ó filosófico que buscaron, tal es la obra importante que en esta Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires me propongo iniciar. Después de haber incorporado á sus planes el estudio de nuestra formación territorial, de las razas indígenas, de su arqueología y sus idiomas, de nuestras instituciones sociales, completamos ahora el cuadro de las asignaturas genuinamente « argentinas », con la cátedra de literatura nacional. Su fundación señala un nuevo rumbo y abre un nuevo período en la historia universitaria de nuestro país. El maestro que la inaugura esta tarde, deberá no solamente dictar sus lecciones, sino crear esta nueva asignatura. Se me entrega una cátedra sin tradición y una asignatura sin bibliografía. Maestro y alumnos deberemos entrar en este nuevo campo de los estudios argentinos, disipando muchas leyendas, rectificando numerosos errores, desvaneciendo tradicionales prevenciones y descubriendo, acaso, valiosas noticias en olvidados archivos, como los que dejaron Seguro, Olaguer Feliú, Mitre, Lamas, Trelles, Bustamante ó Juan María Gutiérrez. Hay en todo ello dificultades que comprendo, y traigo á esta casa, no la presunción de mi ciencia, sino mi vocación patriótica y mi experiencia literaria, puestas ya otras veces, en tribunas y libros, al servicio de los ideales que la nueva cátedra representa; y creedme que no me arriesgaría á ello, si no hubiera mediado la invitación

espontánea de un hombre tan ponderado como el ex decano doctor Piñero; la acogida del nuevo, doctor Rivarola; y la confianza que acaba de infundirme una palabra tan prestigiosa en las letras argentinas, como lo es la del poeta don Rafael Obligado.

En el sistema general de nuestra Facultad de filosofía y letras, la cátedra de Literatura argentina tendrá que ser la conjunción ideal de las dos grandes ramas de sus estudios; de un lado las materias de entonación nacional: paisajes, hombres, árboles, trajes, voces, mitos, emociones, cuanto constituye la tierra y el alma nativas; del otro lado las materias de entonación universal: ideales políticos, sistemas filosóficos, formas estéticas, cuanto constituye el fondo generoso y humano de la civilización greco-latina. He ahí por qué antes decía, que al estudiar los documentos de nuestra historia literaria, se deberá hacerlo en confrontación con el medio donde surgieron, reflejado casi siempre en su asunto; y en confrontación con el ideal filosófico ó estético que buscaron, reflejado casi siempre en las formas y el arte de la composición.

II

No acertaría quien pretendiese explicar nuestra evolución literaria por los métodos ó sistemas que eximios críticos europeos, como Macaulay, como Taine, han ideado para explicar literaturas más antiguas y orgánicas que la nuestra. Lo breve de nuestra historia, y la abundancia de elementos foráneos que han venido á fundar nuestra civilización — comenzando por el idioma castellano de nuestras letras — bastarían para requerir una substitución del instrumento crítico en la explicación de nuestro fenómeno literario. En cualesquiera de las naciones europeas, el suelo, la raza, el idioma y su literatura, se funden en una sola unidad. Es como si los unos nacieran de los otros, y todas se complementan y explican en armonioso ciclo. La raza pudo tener su origen en migraciones y conquistas, como en la Inglaterra de sajones y normandos, ó en la España de celtas, suevos, latinos, godos y árabes; pero tales orígenes se pierden en lo remoto del tiempo, y la raza se identifica con su tierra nativa. Aquellos pueblos, desmembrando imperios ó reuniendo feudos, precedieron á la nación que fundaron, y fué expre-

sión de su alma y rasgo de esa nación, el idioma por ellos elaborado. Aquellas lenguas nacionales pudieron tener su origen en otros idiomas de anteriores conquistas, como el francés y el castellano actuales, respecto al latín de los Césares, pero una vez formados, ya revelaban nuevas calidades fonéticas y espirituales, propias del clima y de la raza donde habían nacido. Así también de suelo, raza y lengua, brotaron las literaturas nacionales; y algo como una misteriosa corriente de la vida cósmica, semejante á la savia que sube de la raíz á la flor, subió de las entrañas de la nación á los ritmos de la estrofa y á las figuras de la fábula. Por eso un documento como la *Chanson de Roland* ó el *Cantar de Myo Cid*, es no sólo documento de literatura nacional, sino de filología nacional y de política nacional, en el pueblo á que pertenecen. Por eso, de pronto, unos pocos versos hacen pasar á un tiempo ante la mente, la tierra, el idioma, la raza, la religión, la gesta de la raza que forjó el poema y el habla del poema (v. 726-731):

*Verídez tantas lanças premer et alçar,
Tanta adágara foradar et passar,
Tanta loríga falsa desmanchar
Tantos pendones blancos salir vermeios en sangre,
Tantos buenos cavallos sin sos duenos andar.
Los moros laman Masomat et los Christianos Sant Yague.*

Esta unidad á que aludimos, de la lengua, la raza y la literatura, no la presentan sólo las naciones de la Europa moderna: podría-mos también puntualizarla en el extraordinario florecimiento clásico de griegos y latinos. Por lo contrario, carece de ello la literatura de nuestro país. Nosotros escribimos en un idioma de trasplante, que la España conquistadora legó á la América ya formado, y que nosotros hemos renovado, pero no transformado ni corrompido en nuestra literatura. Los siglos XVI y XVII fueron para la metrópoli el período de su esplendor intelectual, y corresponde, por sincronismo, á sus fundaciones más duraderas — la lengua, la familia, las ciudades — en sus colonias del nuevo mundo. Después de 1810, momento inicial de la emancipación americana, el idioma ha seguido una evolución común á todas las naciones en que se dividió el antiguo imperio de Carlos V. Llegará un día en que la historia

literaria de nuestro idioma abarque la extensión territorial de aquel deshecho imperio, y comprenda la vida mental de todos los pueblos que tuvieron a España por metrópoli. Algunos actos de la crítica contemporánea parecen augurarlos así, entre ellos la *Antología de los poetas líricos* y el *Horacio en España*, ambas obras del esclarecido humanista don Marcelino Menéndez y Pelayo; y como las suyas; algunos libros sudamericanos que parecen tender á ese propósito de crear un imperio, una raza, una ciudadanía internacionales dentro del idioma (1). Ese período ha de llegar, por obra de tales ideas, ó como forzosa consecuencia de progresos materiales, en población, vialidad, comercio. Pero, entretanto, nuestras naciones necesitan hacer la historia crítica de su evolución literaria; y he aquí que al intentarlo, como en el caso de la República Argentina, la conciencia nacional tropieza con la apuntada dualidad entre un territorio que nos pertenece exclusivamente y un idioma que nos pertenece en común con otras naciones donde se lo habla con igual derecho y por iguales causas que entre nosotros mismos.

Definir la extensión de nuestro dominio literario dentro de los vastos dominios internacionales del idioma patrio, tendrá que ser una de las cuestiones previas que plantee y resuelva la historia crítica de nuestra literatura. Casi me atrevo á decir que un curso sobre el idioma castellano tendrá que ser la introducción indispensable á un curso razonado sobre la literatura de la República Argentina, ó de cualquier república sudamericana — verdadera historia de nuestro idioma como instrumento adventicio de nuestras literaturas — en el cual se mostraría su origen, su doble proceso de formación cronológica á través de ocho siglos, de extensión geográfica á través de dos mundos; se explicaría la decadencia y suplantación de las lenguas indígenas; se propendería á formar una conciencia de nacionalidad literaria dentro de ese internacionalismo del idioma, y á vigorizar la conciencia de la lengua castellana, tan declinante en los pueblos del Río de la Plata. Así llegaríamos á explicar, por motivos de ambiente, ciertos casos de escritores argentinos que han desertado al francés, como tienden á desertar hacia el inglés en las regiones septentrionales de Hispano América. Me refiero á libros

(1) El propio autor de esta monografía ha publicado un libro inspirado por esos propósitos: *El alma española*, trabajos de crítica literaria. Sempere, 1908.

en prosa como *Les races aryennes du Pérou*, del doctor Vicente F. López, ó *Les origines argentines*, del señor Roberto Levillier, y á libros en verso, como *Simplement...*, de la señora Delfina Bunge de Gálvez, y *Jardins de France*, del señor José María Cantilo. ¿Pues, cuál es el criterio con que un historiador de la literatura argentina debería considerar estos libros, argentinos por sus asuntos ó por sus autores, y extranjeros por la lengua en que fueron escritos? ¿Qué causas de educación ó de ambiente les movieron á abandonar el idioma nativo? ¿Hasta dónde el idioma de la nación define la argentinidad de su literatura, y hasta dónde se la define por la cuna de sus autores ó la índole de sus obras? He ahí las cuestiones que ese curso de Introducción definiría, y que no sería posible definir de una manera científica y ecnánime, sino estableciendo un criterio general sobre el significado de la lengua castellana dentro de la nacionalidad argentina y el significado de la literatura argentina dentro de la lengua castellana.

III

Una segunda cuestión se ofrece á nuestro paso, y es el valor que debemos reconocer al territorio argentino en la definición nacional de nuestra literatura, y el que debemos reconocer á nuestra historia política con respecto á nuestra historia literaria.

Es sabido que el nombre de « argentina », que designa como gentilicio á nuestra nación, y adjetiva sus atributos colectivos, viénele del territorio que habitamos, ó más bien de su río de la Plata que embelleció de leyenda esta parte de la conquista, y bautizó, por el influjo epónimo de sus aguas, las comarcas australes que ellas bañaban (1).

Pero es sabido también, que las tierras llamadas « argentinas » han variado de extensión á través de la historia, y que al variar, disminuyendo, han pasado de la vaguedad quimérica de los siglos coloniales, á la precisión de los actuales cálculos planimétricos. En el siglo XVIII eran argentinos el Uruguay, el Paraguay, el sur de

(1) Véase el desarrollo extenso de esta idea en mi libro *Blasón de Plata* (1ª edición, en *La Nación* del Centenario: 2ª edición, un volumen de 250 páginas. Martín García, Buenos Aires, 1912).

Bolivia. En el siglo XVII las provincias de Cuyo eran chilenas y Chile era peruano. La creación del virreinato de Buenos Aires, la erección de la Junta de mayo, la fundación de Bolivia, la segregación del Uruguay y del Paraguay, serían, pues, acontecimientos importantes para la clasificación de obras y autores, si incurriéramos en el error de adoptar las fechas de la historia externa ó política para definir fenómenos de orden espiritual, como son los de la historia literaria, y para clasificar por los azares dramáticos de la guerra, el regionalismo, substancial, por su origen, de las obras y sus autores.

Es un error asaz generalizado en nuestras esferas didácticas y literarias, ese de creer que la argentina comienza cronológicamente el 25 de mayo de 1810, y que su proclamación en el cabildo de Buenos Aires significa la negación de todo lo español que nos había precedido en los años germinales de la colonia. ¿Olvidaremos que la argentinidad no está constituida solamente por el estado y las instituciones políticas soberanas que entonces deseábamos fundar y que no conseguimos fundar sino varios lustros más tarde? ¿Olvidaremos que el cabildo emancipador era de origen colonial, y que hasta el año 12 las armas de la patria combatían bajo las banderas del rey? ¿Las ciudades revolucionarias no eran españolas, acaso? ¿No era, al fin, castellana, la lengua de la *Gaceta* de Moreno y del *Himno* de López?

Resulta todo eso, en verdad, una concepción demasiado pueril de nuestra nacionalidad y de su historia.

La argentinidad está constituida por un territorio, por un pueblo, por un estado, por un idioma, por un ideal que tiende cada día á definirse mejor. Ahora mismo, con estas breves páginas, estamos tratando de definirlo.

Pertencen, pues, á la literatura argentina, todas las obras literarias que han nacido de ese núcleo de fuerzas que constituyen la argentinidad, ó que han servido para vigorizar ese núcleo.

Según ese criterio, deben entrar en la materia de nuestra historia literaria, libros como *La Argentina* de Ruy Díaz de Guzmán; como *Argentina*, el poema de Barco Centenera; como *El Lazarillo de Ciegos Caminantes*, la crónica de Concolorcorvo. Acaso tengo más derecho á ello, los españoles que antes de 1810, describieron ó embellecieron con sus obras la vida colonial,

que los argentinos como Ventura de la Vega, cuya vida y cuya obra pertenecen á la historia literaria de España, por más que los escritores de aquende y allende el océano, suelen incluirlo en la nuestra. según lo hace Menéndez y Pelayo, al transcribir los siguientes versos de 1857:

La madre España en su seno
Me dió acogida amorosa:
Suyo fui: más siempre yo
Recordé con noble orgullo,
Que allá mi cuna al arrullo
De las auras se meció.
Mientras rencor fratricida
Ardió en uno y otro bando,
Mis lágrimas devorando
Calló mi musa afligida.
Hoy que á conyunda tirana
Suceden fraternos lazos,
Y España tiende los brazos
Á la América su hermana:
Bañado en júbilo santo,
Yo, americano español,
Á la clara luz del sol
La unión venturosa canto.
Ven, inspiración divina,
Que yo á mi laúd sonoro,
Añado una cuerda de oro
Para la gloria argentina (1)

El caso de Ventura de la Vega es singular en nuestra literatura, porque nació antes de la revolución (1807), se educó en España y se incorporó, por su persona y su obra, en las corrientes históricas de la literatura peninsular. Pero aun desechado este caso de excepción, creo que es el criterio de amplitud antes definido, el que mejor nos conviene para trazar nuestra evolución intelectual, tan

(1) Propiamente, no nos añaden mucha gloria estos rípidos versos, pero los cito aquí, como Menéndez y Pelayo en el tomo IV de la *Antología*, por la actitud espiritual que ellos definen; pero no debemos olvidar que se trata de unos versos de álbum, ó sea que su patriotismo es de ocasión.

sometida á influencias y contingencias externas, y no el error ó vanidad patriótica que lo restringe cronológicamente á los términos de 1810, y geográficamente á los autores y obras nacidos dentro del territorio nacional. No olvidemos que la *Representación de los Hacendados* de Moreno, el *Triunfo Argentino* de López, *Oda al Paraná* de Labardén, son anteriores á la Revolución. No olvidemos que el *Facundo*, las *Bases* y *La Gloria de Don Ramiro*, han sido escritos en el extranjero. No olvidemos que extranjeros como Jacques, Groussac y Rubén Darío, incorporando su obra á nuestro patrimonio intelectual, han contribuido á la formación de nuestro ambiente literario y de nuestra cultura artística. Es, pues, el espíritu mismo de la nacionalidad, y no los elementos parciales que la constituyen — territorio, política, ciudadanía, etc. — lo que debe servirnos de criterio cuando clasifiquemos la materia literaria y queramos fijar la extensión de esta asignatura.

IV

Aun aceptada la proposición que hace nacer en 1810 nuestra evolución literaria, como sincrónica de nuestra evolución política, no podríamos comprender á los autores que aparecen de pronto en medio de la revolución para cantarla ó para justificarla, si no explicáramos las condiciones precedentes en que se formó su cultura. ¿Cómo definir la versación racionalista de Moreno y de Monteagudo, la filosófica de Gorriti y de Funes, la clásica de Varela y de López, si no explicamos el ambiente colonial, y, sobre todo, la inmediata, profunda renovación de la cultura que ampararon aquí virreyes como Vertiz y allá ministros como los de Carlos III? Podría afirmarse, y hasta probarse, que no hubo durante el período colonial una literatura propia del Río de la Plata, pero no podría negarse que hubo una educación filosófica y literaria, cuyo centro estaba en las aulas de Córdoba y de Chuquisaca, y aquí en Buenos Aires, en el colegio Carolino, en el *Telégrafo Mercantil*, en la Casa de comedias, en la propia sala del virrey, y en torno de personalidades como Agüero, Maciel, Labardén, Chorroarín, — maestros cuya influencia pareció sobrevivir en el alma serena de Diego Alcorta, en cuya cátedra se formaron más tarde muchos de los

mejores patricios de la expatriación, como Mármol y López (V. F.) lo han reconocido.

Aceptada la fecha liminar de 1810, los siglos coloniales que la preceden, pueden ser estudiados como el período de *los orígenes*, pues comprende el trasplante del idioma castellano, y la literatura de los claustros, como las crónicas jesuíticas de Lozano y Guevara, ó los relatos profanos, como los *Comentarios*, de Alvar Núñez y el ya citado *Lazarillo*. Esta tímida corriente de cultura se acentúa después en la Universidad de Córdoba y el virreinato de Vertiz, y concluye, con su misma estructura latinista y teocrática, en los días augurales de la revolución.

Incluido ese período colonial, nuestra historia literaria puede dividirse, para su mejor exposición didáctica, en los siguientes ciclos:

- 1° Los Orígenes;
- 2° La Iniciación;
- 3° La Revolución;
- 4° La Proscripción;
- 5° La Organización;
- 6° La Actualidad.

El período de *los orígenes*, ha de permitirnos definir lo que entendemos por *argentinidad*: coeficiente de una tierra, un hombre, un idioma y una cultura, que al fundirse aquí en el Plata de maneras nuevas en la historia, generaron este fenómeno nuevo que llamamos el pueblo y la civilización argentina. Esta será la ocasión de caracterizar el medio físico, no sólo como crisol de una nueva sensibilidad humana, sino como tema de nuevos cuadros en la literatura. Veremos entonces con qué elementos se incorporó la raza indígena á nuestra civilización, para saber lo que resta de sus caracteres en *Siripo*, de sus leyendas y su vocabulario, en *Santos Vega* pongo por caso. Analizaremos también cómo se trasplantó el castellano á América, qué métodos lo hicieron triunfar cómo se sobrepuso á las lenguas indígenas, y lo que de éstas ha sobrevivido en el léxico literario — substantivos de la fauna y la flora, comúnmente — y lo que ha sobrevivido como flor de nuestro *folk-lore*, de aquellas incipientes literaturas aborígenes.

El segundo período, que llamo de *la iniciación*, ha de analizar el primer trasplante de la cultura europea, y su adaptación al medio

americano. La fundación de las universidades de Córdoba y Chusquisaca, de los colegios virreinales, de las primeras imprentas, del primer teatro en Buenos Aires: he ahí los temas iniciales de este período. Importancia esencial nos ofrece entonces, el curso de latín que absorbía en su doble función teológica y retórica, la vida de las aulas coloniales, pues en tal disciplina se formaron nuestros historiadores y poetas del siglo XVIII. A ese período corresponderá también el estudiar la obra de cultura de las órdenes religiosas, y especialmente la de los jesuitas, que fueron con otros maestros, nuestros iniciadores en la crónica, la filología, y hasta en las ciencias naturales. Es en este período cuando veremos aparecer tímidamente, la primera luz de pensamiento argentino en el silogismo tomista, el teatro en los autos sacramentales, la oratoria en la cátedra sagrada, el poema en los ejercicios horacianos del aula de latín. Por fin en la primera década del siglo XIX, toda esa labor de cultura muéstrase concretada, como producto local, en la alborada lírica de las invasiones inglesas y la reconquista.

El período de *la revolución*, tiene los caracteres épicos del vibrante lapso que corre de 1807 á 1830. Quizás pudiera restringirse más sus términos, y encerrar ese lapso entre las fechas más definidas de 1810, y 1820, año de la disolución nacional, según la terminología aceptada por todos nuestros historiadores políticos. Yo he preferido esas otras fechas más distantes, porque el año 1807, á raíz de las invasiones inglesas, marca la alborada de la poesía patriótica, y el poeta que cinco años más tarde va á componer la canción nacional, es el mismo que en aquellas gloriosas vísperas del virreinato había cantado el *Triunfo argentino*. Igualmente, en la década que corre de 1820 á 1830, flota aún, siquiera intermitente y debilitado, el hábito heroico de la década anterior, y no se puede considerar todavía abierto el ciclo siniestro de las proscripciones y de la tiranía, cuya hora trágica iba á sonar en 1840. Los géneros característicos de este segundo período, fueron la oratoria con Paso, Castelli, Moreno, Monteagudo, Pantaleón García; el periodismo con Agrelo, Moreno, Monteagudo, Funes, Castañeda, Fray Cayetano; la poesía civil, de asunto heroico ó político, con López, Lafinur, Luca, Rojas, Varela, etc.; la canción popular con Lamadrid, López y poetas anónimos; el epistolario y las memorias con casi todos los próceres de la emancipación, tales como San Martín, Bel-

grano, Manuel Moreno, La Madrid, Paz, Guido, etc. Son los rasgos generales de este período, la inspiración de la libertad como móvil y asunto, y la imitación á los modelos clásicos como forma. Perduraba en este último la educación virreinal; manifestábase en lo primero el fuerte ideal de la patria que estallara en 1810, enalteciendo tantos hombres antes oscuros, hasta la cimas del heroísmo en la acción y de la elocuencia en la palabra.

V

La tiranía de Rosas ha sido considerada siempre por nuestros historiadores como la época más nefanda y estéril de nuestro país. Es, acaso, un concepto que llegará á reverse, si no comienza á reverse ya. Esa es aún « la noche de nuestros tiempos »: como la Edad Media lo era en la historia de Europa. La tiranía ha sido nuestra « edad media », y por eso una edad de germinación, de preñez, de sangre, de parto y de dolor. Edad siniestra para la libertad y la cultura, ella nos ha enseñado por el despotismo, el valor de la inteligencia y de la ley. El imperio de Rosas tornó siniestra y desolada la vida dentro de nuestro territorio; pero es que el ideal argentino habría ido con sus grandes proscriptos, á refugiarse en Montevideo, en Bolivia, en Chile, en Francia, y es allá donde debemos estudiarlo. Por eso le he llamado á este período de *la proscripción* y no de *la tiranía*. Sarmiento, Mitre, López, Varela, Alberdi, Mármol, Gutiérrez, Rivera Indarte, Echeverría, Ascasubi, son los proscriptos de aquel período, y los hacedores de nuestra literatura en esos años románticos. Período que va desde 1830 hasta 1850, ó si queréis desde la ascensión de Rosas hasta el advenimiento de Urquiza, es, sin duda, el más sombrío de nuestra historia política, pero es, asimismo, el más brillante de nuestra historia literaria. Ya veis cómo los ciclos de evolución literaria, no siempre son paralelos y sincrónicos á los ciclos de evolución política. Las letras forman parte de la cultura, y por consiguiente de la historia interna de un pueblo; las guerras y los gobiernos, son apenas la faz visible y dramática de su historia exterior. Á una tiranía que conculca la libertad, corresponde á veces un renacimiento vigoroso del ideal, por el ansia de reconquistar la libertad perdida. Es lo que ocurrió

entre nosotros: Rosas, jupiterino, engendra á Sarmiento, prometeano. La junta de Mayo realizó la revolución en los hechos; la Proscripción la realizó en las ideas. Por eso el programa democrático de 1810 no pudo formularse, definirse y practicarse, sino después de 1852. Mayo es un ideal y una pasión; Caseros, un sentimiento y una idea. Este sentimiento y esta idea se han elaborado en los duros años de la proscripción, y su proceso queda, para nuestra historia literaria, en yambos y panfletos. En 1810 la pasión revolucionaria nació del corazón del país contra el enemigo exterior, que eran el rey y el monopolio; en 1852 la idea revolucionaria nació de la cabeza del país contra el enemigo interior, que eran Rosas y la barbarie. Para llegar á esa síntesis — que ha de ser el resorte moral del siguiente ciclo, — fué menester que el despotismo enseñara de patria y de civilización, por el dolor de haberlas perdido. Por eso mezclábase una angustiada emoción á la obra de los proscriptos. La visión de la patria y la del amor hicieronse melancólicas. Los poetas veíanse con frecuencia ausentes por igual de sus hogares y de sus novias. Así Juan Cruz Varela, en 1838, sollozaba, más bien que cantaba, desde Montevideo, las efemérides de la revolución:

¡ En vano se abrieron de oriente las puertas!
 Como en negra noche mudas y desiertas,
 Las calles y plazas y templos están!
 Sólo para escarnio de un pueblo de bravos,
 Bandas africanas de viles esclavos
 Por calles y plazas discurriendo van.
 Su bárbara grita, su danza salvaje
 Es en este día meditado ultraje
 Del nuevo caribe que el Sud abortó.
 Sin parte en tu gloria, nación Argentina,
 Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
 En su enojo el cielo tal hijo te dió.
 Feroz y medroso desde el hondo encierro
 Do temblando mora, la mano de hierro,
 Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.
 Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
 Los nombres de Mayo son nombres de crimen
 Para este ministro del genio del mal.

Así también en Mármol, truécase el canto heroico en cívico rugido. Así en Echeverría, los infortunios del destierro, ensombrecen en todos sus poemas la visión del Plata. Un soplo trágico atraviesa nuestra literatura de aquel tiempo. La vida de cada uno se agiganta, y cada proscripto es el protagonista de un hermoso drama, fugitivo de las cárceles de su patria, errante sobre mares borrascosos, y mendigo á la puerta de las patrias hermanas. El periodismo degenera en una rabiosa mazorca de la civilización, y excede la agresión hasta la calumnia, con los panfletos agrios de Rivera Indarte. Y á sus gritos que claman al otro lado del río, parece formarles eco al otro lado de las Cordilleras, el clamor de Ajax de Sarmiento. Los pensadores como Alberdi ó Mitre, meditan; pero pronto ven que el análisis retarda el descubrimiento de la verdad, y su febril impaciencia, se da más bien á descubrirla en el sobresalto vidente de su propia pasión, como viajero que en la tempestuosa noche mira su camino en la selva, al resplandor soslayado del relámpago. Y así aparece el *Facundo*, en Chile, bajo un arranque de furor patético, del que se ve la huella en las palabras de *introducción*: « *Sombra terrible de Facundo, voy á evocarte* »... El *Facundo*, como se sabe, fué también un panfleto en sus orígenes; panfleto que resultó después historia, poema, romance, cartilla y biblia.

No se ha mostrado aún, de una manera sistemática, ese drama de la proscripción. Lo conocemos por sus anécdotas y por el detalle biográfico de sus principales protagonistas. La historia de la literatura argentina deberá no sólo catalogar y estudiar la obra de sus publicistas y sus poetas, sino rastrear la influencia que ellos ejercieron en las sociedades hospitalarias que los acogían; aquilatar la acción de aquellas sobre la cultura y el destino de estos sublimes aventureros á quienes devoliólos estadistas, escritores y soldados; y reconstituir, por fin, el lazo ideal que á todos los unía, ya estuviesen en París, en Valparaíso, en Montevideo, en Guayaquil, en Tupiza, ó en Río, formando de ellos una fraternidad de videntes.

Cuando pasó Sarmiento para Europa, en viaje desde el Pacífico, conoció á Echeverría en Montevideo. En una de sus cartas le juzgó despectivamente, parece que herido en su vanidad por desatenciones de este ífimo. Sabedor Echeverría, escribíale el 12 de junio de 1850 á su amigo Alberdi, que á la sazón estaba en Chile: « Hago muy poco caso de los elogios de Sarmiento, porque ni entiendo de